

POR EL PUEBLO SERBIO

(Para LA NACION)

SALAMANCA, mayo de 1918.

En mi visita al frente italiano en septiembre del año pasado, recorriendo el desolado y asolado Carso, recogí la visión trágica de aquellos pueblecitos de nombre y de casta eslavos, reducidos a lamentables esqueletos, a escuálidas ruinas, que aumentan la desolación del paisaje. Aquellos pobres caseríos desparramados por los replegues de unas hoscas montañas hablabanme de una resignada y escueta paz pastoril turbada de pronto por los horrores de la guerra. Y fué entonces cuando empecé a fijar mi atención en el problema moral—porque lo es—de los eslavos del sur, de los yugo-eslavos, o, si se quiere decir más corto y más claro, de los serbios.

De éstos, de los serbios, sabíamos en general muy poco los que apenas nos fijábamos en los pueblos remotos y recogidos de las pequeñas nacionalidades, sino en la medida en que nos sollicitaron la atención por sus contribuciones a la cultura de la civilización general, por su literatura, sus artes, su ciencia, su industria o sus instituciones políticas. Habíamos oído hablar vagamente de sus maravillosos cantos épicos, que más que una «llada», son a modo de un «Romancero», como el nuestro, el español, un Romancero todavía vivo y de inspiración anónima, un Romancero que se acrecenta con nuevas creaciones todavía en el pasado siglo XIX. Una epopeya viva, pues, una epopeya que echa renuevos, que florece, y un pueblo, por lo tanto, que vive su historia transfigurándola en leyenda. Mas ni aun esto nos movió, ni aun a los espíritus más curiosos, a estudiar a ese pueblo.

Pronto hará quince años conmovió a todo el mundo civilizado el relato de la tragedia de Belgrado, el asesinato del rey Alejandro Obrenovich y de la reina Draga, en su palacio, el 10. de junio de 1903. Aquello nos pareció la catástrofe de un drama shakespeareano y ocurrido en un país de leyenda. Y ello contribuyó a corroborar a muchos en su creencia de que se trataba de un pueblo semisalvaje, concepto que había hecho recaer sobre Serbia la envenenada propaganda austriaca, pródiga en calumnias para los pueblos a que el imperio de los Habsburgos oprimía y corrompía a la vez. Notorios procesos de años recientes han probado con la evidencia de tribunales austriacos que los diplomáticos de Austria se han servido de extraordinarios medios para desacreditar y humillar a Serbia.

Vino el atentado de Sarajevo, en que murió el heredero de la corona imperial de Austria-Hungría, y los que se acordaban de la tragedia de Belgrado, del fin de la dinastía de los Obrenovich, se dijeron: «¡Bah! ¡vuelven a las andadas!» Pero ya para entonces las últimas guerras balcánicas, la que Serbia, Bulgaria y Grecia llevaron contra Turquía, y la que luego Serbia y Grecia, ayudadas por Rumania, tuvieron que llevar contra la perfidia y la desatentada ambición búlgara, nos habían hecho cambiar de idea respecto a los serbios, que tan disciplinada y bravamente se habían batido.

Esta guerra actual estalló, no hay que olvidarlo, por las tiránicas humillaciones que Austria, apoyada por Alemania, trataba de imponer a Serbia, y la defensa que este pequeño reino hizo de su independencia y aquella derrota que infligió a los ejércitos austriacos en un principio volvió a obligarnos a parar la atención en el alma de ese pueblo. Pero después, y cuando, abrumado por el número, tuvo el ejér-

cito serbio que retirarse, con su rey al frente, de su patria, e ir a refugiarse en Corfú, el martirio de Serbia no mereció tantos comentarios como ha merecido el de Bélgica. Cuando apenas había por aquí publicista no contagiado de germanofilia o de estuporosa reverencia a la fuerza injusta, que no escribiera de Bélgica o cantase su martirio, era raro, muy raro, el que, como Joaquín Montaner en el bellísimo «Fragmento del rey Pedro», que figura en sus «Poemas inmediatos», se acordase de Serbia.

Andando, andando, sombré el crepúsculo. De espaldas a su tierra, el buen Rey Pedro veía fiamente levantarse los lomos de los bueyes, como ondas de un mar morado, acompañadas, lentas, y moverse los cuerpos congelados que herían a compás el turbio cielo. Y pensando en no sé qué tristes cosas lloró en voz baja y se volvió de pronto hacia sus dos amigos, y les dijo: —«¿De dónde soy el Rey; de donde, ahora sin hombres y sin casas y sin reino?» —Señor—le dijo el general—de Serbia, ¿que está donde estáis vos!—«¿Dónde está [ella?»

le dijo el Rey, sin contener las lágrimas. Y dijo aquél que gobernó: «¿En nosotros, Señor! Está en nosotros. ¿Dónde quiera que nosotros vayamos ella vive!» Y lloraron los tres. Y por los campos con los bueyes, los tristes y los héroes, despacio, en sombras, iba andando Serbia...

Por fin me puse hace poco a leer una historia de los serbios, la «History of Serbia», de Harold W. V. Temperley. Y debo no poco a esa lectura, que ha hecho madurar mis trágicas visiones de los cadáveres, de las aldehuelas yugoeslavas del Carso y me ha pre-

parado para la mejor comprensión y fruición del estupendo Romancero serbio.

Estos eslavos del sur o yugoeslavos, los que de ellos han estado y están en más inmediato contacto con los latinos por los puertos del Adriático, parecen ser los más puros de los eslavos. El ruso tiene no poca sangre tártara y turánica, asiática no ariana; el búlgaro parece también que es de media sangre. Quedan los polacos, los checos o bohemios y los yugoeslavos. Pero siempre que se hablaba de eslavos se tenía presente ante todo a los polacos y a los rusos. La tragedia del fin de Polonia y sus literatos y pensadores había hecho fijarse en el pueblo polaco a todos los que de historia en su más espiritual sentido, de historia de la civilización se preocupaban; los bohemios jugaron un grandísimo papel en las luchas religiosas y sólo Juan de Huss bastaba para que nos fijásemos en ellos, y en cuanto a Rusia, su misma vastísima extensión era motivo de atraernos.

Pero la misma vasta extensión del imperio moscovita hacía que no cupiese allí un buen cuajado patriotismo territorial y que los ensueños del espíritu ruso se perdiesen en vagos misticismos. Es la vastedad de la Santa Rusia, es la amplitud inmensa de sus estepas lo que explica a Dostoyevski y a Tolstoy. Es demasiada patria—si eso es patria—para encerrarla en un corazón.

En tanto estos eslavos del sur, o yugo-eslavos, pueblos montañoses y pastoriles, de vida bravia y suelta, de un indómito individualismo y de un cantonalismo que nos recuerda los nuestros, el individualismo y el cantonalismo españoles, no lograban, a pesar, repito, de su espléndida epopeya en vía aun de formación, atraer nuestra atención. Esos pastores, guerreros y poetas de las montañas serbias no contaban aún para los más de nosotros entre los elementos productores de la civilización universal. Y, sin embargo, lo eran. Su patriotismo era más de raza que de territorio.





«Los serbios—escribe Mr. Temperley—han sido siempre grandes guerreros y su infortunada situación entre dos muelas no fué peor que la de algunos otros pueblos medloevales. Para tomar dos ejemplos, los brandeburgueses (después los prusianos) y los austríacos sobrevivieron y se hicieron grandes estados bajo condiciones que apenas eran menos difíciles. Hay que notar que éstos eran estados teutónicos con civilización latina y que ningún reino eslavo meridional sobrevivió al cabo. De los reinos más septentrionales, Bohemia y Moravia fueron absorbidos por Austria; Polonia cayó en la anarquía y fué presa de otras naciones. Rusia, la única última sobreviviente entre las naciones eslavas, fué originariamente fundada y gobernada por una dinastía y oligarquía escandinavas y ha sido regida por ideas extranjeras y burocráticas desde entonces... Lord Acton resolvía el problema negando sencillamente que los eslavos como raza posean capacidad política. Esto es presentar el caso con demasiada rudeza, pero no cabe duda de que las instituciones sociales de los eslavos impedían la unidad política y la eficacia militar. Todos los antiguos escritores representan a las razas eslavas como de fieros y bravos guerreros, pero como débiles y desorganizadas en el sentido político, y es por lo menos singular que los búlgaros, que están cruzados con sangre tartara, hayan sido la primera raza eslavónica meridional que haya desenvuelto unidad política y la eficiencia militar que de ella resulta.»

«Decir—prosigue Mr. Temperley—que las instituciones eslavónicas son inferiores a las del occidente es como decir que el budismo es inferior al cristianismo occidental. La afirmación se refiere en uno y otro caso no más que al lado estrictamente práctico de las instituciones, e ignora sus valores ideales. Como agencia militar la cristianidad ha derrotado al budismo, lo mismo que la política teutónica, derrota a la eslavónica. Pero esta afirmación no significa que las primitivas instituciones serbias no posean varios elementos de interés, especialmente en los ideales que presentan.»

En seguida Mr. Temperley habla de las leyes serbias que regulaban las relaciones de hombre y mujer, del intento serbio para realizar la siembra de los siervos, de la adaptación del código bizantino para mejorar la ley eslavónica, y acaba estableciendo que las instituciones políticas eslavónicas, al mismo que la música y la poesía eslavónicas, tienen un interés y originalidad propios.»

Serbia ha tenido la ventaja de que sus dinastías hayan sido nacionales, surgidas de héroes nativos, y sin duda un príncipe aldeano es mejor que uno de importación tedesca, como dice Mr. Temperley. Y eso acaso no se lo hayan perdonado.

El verdadero alcazar de la independencia eslavónica parece haber sido el heroico Montenegro y el campo en que la cultura yugo-eslava se ha desenvuelto el de los serbios que han vivido bajo el yugo austríaco y magiar. «No es exageración decir—escribe Mr. Temperley—que los serbios de Serbia fueron salvados de la desesperación por los serbios de Montenegro y de la ignorancia por los serbios del sur de Hungría.»

Por cierto que siendo yo un muchacho y cuando allá, en mi nativa tierra vasca, se hablaba, a raíz de la supresión de los fueros vascongados, de los pueblos oprimidos, se citaba a Irlanda—y con ella a O'Connell—a Polonia y a Hungría, y con ésta a Kossuth y a Kossuth. Pero luego he podido comprender que algunos de estos pueblos oprimidos oprimen a su vez a otros en cuanto pueden y que la tiranía magiar es una de las mayores tiranías. Capitaneados por Kossuth, los magiares arrancaron prenda de completa autonomía al emperador de Austria. Era, pues, natural que los serbios de Hungría, pensarán que los magiares, que tanto voceaban libertad, se la concedieran a ellos. Una diputación de serbios húngaros visitó a Kossuth en abril de 1848. Pídiéronle el reconocimiento de su lengua en documentos públicos y de sus derechos como nación. «¿Qué entendéis por nación?»—les preguntó Kossuth. El jefe de la diputación contestó: «Una raza que posee su propio lenguaje, costumbres y cultura y una conciencia de sí misma suficiente para preservarlas.» «Una nación—dijo Kossuth—debe tener su gobierno propio.» «No vamos tan lejos—contestó el serbio.—Una nación puede vivir bajo diferentes gobiernos y varias naciones pueden formar un solo estado.» La discusión mostró que el magiar no concebía una nación sino bajo un gobierno unificado, y que el serbio la concebía como una unidad lingüística. Y Kossuth acabó despachando a la comisión con estas palabras: «En tal caso, la espada decidirá.» Y éstos eran los magiares a quienes de mozos se nos presentaba como víctimas de la tiranía austríaca y heraldos de la independencia de los pueblos libres!

Esa historia del pueblo serbio, más que de Serbia, nos ha enseñado mucho y entre otras cosas la justicia de que se le unifique a ese pueblo bajo un solo gobierno, se le dé libre salida al mar para que pueda respirar y pagar con los frutos de su civilización propia los que de otras civilizaciones reciba. Ese admirable pueblo de aldeanos que siente como acaso ningún otro la democracia, está destinado a hacer entrar en la cultura universal elementos del alma eslava que los otros pueblos eslavos no aportarían a ella. «Si el serbio—escribe Mr. Temperley—pone en las obras de la paz la mitad de la energía que ha empleado en las de la guerra, no hay miedo en cuanto al porvenir de su raza.» A lo que sólo se nos ocurre ahora que esos admirables poemas épicos de su Romancero son obra de paz sacada de la de la guerra, son guerra convertida en paz duradera y en gloria de leyenda, y que ya se empieza a hablar en el mundo culto de un arte serbio que ha dado escultores de primera fuerza.

Y es, sobre todo, una obra de justicia dejar que un pueblo desarrolle su propia personalidad y no sirva de yunque en que golpeen otros pueblos o de campo en que se disputen. De esta guerra saldrá, entre otras cosas, el derrumbamiento de la montaña de calumnias que se echó sobre ese pueblo que no quiso servir de criado de otros.

MIGUEL DE UNAMUNO.

